

LA PRIMERA PROSA POLÍTICA DE DARÍO: UN PRESIDENTE QUE SUBE Y OTRO QUE SE VA

Jorge Eduardo Arellano

DESDE QUE apareció en un diario, hace 122 años, este artículo no lo había registrado ninguna bibliografía: era, por tanto, completamente desconocido hasta que lo descubrí durante mi estada diplomática en Chile. Sin embargo, ocupaciones múltiples e ineludibles me impidieron transcribirlo. Al fin, en enero de este año, lo hice auxiliado de una lupa, pues su reproducción fotostática era de reducidísimo tamaño. Y lo difundo con especial interés en *El Nuevo Amanecer Cultural*, cuyo director —Erick Aguirre Aragón— sabrá apreciarlo como pocos. No en vano Erick es, entre los escritores de su generación, el único que ha estudiado a fondo el legado de nuestro *padre y maestro mágico*.

Al redactarlo, Rubén tenía apenas 8 meses de haber arribado al puerto chileno de Valparaíso y tomó muy en cuenta el consejo que el presidente Adán Cárdenas (I-III-1983/I-III-1987) le dio al despedirse: “No se olvide de su patria”. Así se lo recuerda al mismo Cárdenas en carta que le dirigió desde Valparaíso desde el 12 de marzo de 1887: “He publicado en varios diarios artículos sobre Nicaragua, algunos de los cuales (por no tener otros a mano) le remito ahora”. Y añade, refiriéndose al que tengo el agrado de presentar:

“Me permito recomendarle (como a un hijo que quiere) el referente al nuevo gobierno [el de Evaristo Carazo, quien acababa de tomar posesión el 1º. de marzo, día en que apareció dicho artículo], que dio a luz *La Unión*, periódico de todos el

más conservador, redactado por el famoso Zorobadel Rodríguez, porque, aunque pertenezco a *La Época*, dio cabida a mi artículo liberal y todo. En verdad, señor, no me juzgo profeta; pero no creí nunca que triunfara la candidatura de don Pedro” [Pedro Joaquín Chamorro Alfaro, principal contrincante electoral derrotado por Carazo].

Zorabadel Rodríguez (1839-1901) fue un notable polígrafo chileno. Tres artículos, al menos, había publicado hasta entonces el joven de 20 años y 37 días que era entonces Darío, a saber: “la erupción del Momotombo” (*El Mercurio*, 16 de julio, 1886); “El canal por Nicaragua” (*La Época*, Santiago 6 de agosto, 1886) y, en un sentido más amplio, “La Unión Centroamericana” (*La Época*, 12 de agosto, 1886). Los tres fueron recogidos por Raúl Silva Castro en su libro: *Obras desconocidas de Rubén Darío en Chile* (Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1934). Pero no localizó el siguiente sobre la presidencia de Cárdenas —para quien Darío había laborado en la Secretaría de la Presidencia junto a Pedro Ortiz— y la personalidad de Carazo.

Su título completo es: “Los gobiernos americanos. Un presidente que sube y otro que se va. El Canal de Nicaragua”. Entre corchetes he colocado frases del artículo para facilitar su lectura y especificar su contenido. También he modernizado su ortografía. Finalmente, se lo dedico a mi amigo y maestro de secundaria Álvaro Argüello Hurtado S.J., descendiente de Cárdenas.

Un presidente que sube y otro que se va

Rubén Darío

Valparaíso, 1º de marzo de 1887

El día de hoy, en una de las repúblicas de América Central, la más importante por su posición geográfica, la más libre por sus instituciones, Nicaragua, sube a la presidencia, elegido por sus conciudadanos, el señor don Evaristo Carazo, y desciende

el señor don Adán Cárdenas, después de servir cuatro años a la patria como cumple todo probo mandatario.

Son las cinco naciones de Centroamérica de aquellas en que para gobernar se hacen precisos trabajos grandes, muchas fatigas, paciencia a toda prueba y tacto bien seguro. Pueblos agitados, con un progreso relativo, la política en ellos toma toda suerte de frases. ¡Ah!, y muchas veces aquel que llega a la silla presidencial de cualquiera de los Estados tiene tan solamente dos caminos que seguir: el sufrimiento o la tiranía.

[La asonada, el desquiciamiento social]

A pesar de todo, Nicaragua se ha salvado de cierta enfermedad funesta, que por desgracia en la América Latina ha tomado creces, en gobiernos cuya personalidad política es mirada con lástima, y a veces con desprecio, por las naciones serias y bien constituidas. Es ella una tremenda plaga que en Chile ha encontrado su verdadera ruta. Se la ha arrojado como un poder maravilloso. En países donde tal enfermedad se desarrolla dejan los partidos a un lado las ideas, y el bien propio es el que se busca.

Sube un hombre honrado al poder, y aquellos mismos que lo han elevado son los primeros que le estrechan en el círculo de sus ambiciones. Si la entereza resiste, se alzarán las protestas a la continua. Y ahí estará la prensa que se desborda, el ataque sangriento, el desprecio absoluto por toda especie de consideraciones. Y si ello toma creces, tras el pasquín vendrá la asonada, y tras la asonada las luchas intestinas, el desquiciamiento social; las masas populares concitadas se salen de madre como río revuelto y crecido, y el triste espectáculo que presenta a la faz del mundo en un pequeño Estado, falto de vida, cuya sangre se beben a una los vampiros de su política menguada.

Si el gobernante impera por el terror, favorecerá a los suyos para tenerlos propicios; hundirá los brazos hasta los codos de las cajas nacionales; desterrará al periodista que sea osado a decir una sola frase que no venga en su elogio; apaleará al sospechoso

y fusilará al opuesto; será farsante y magnífico en ocasiones, y cubrirá el rostro de la República con una máscara imperial. ¡Dichoso Chile que a fuerza de trabajos y de esfuerzos inauditos, ha llegado a establecer de tal modo, que hablarle de tiranías, sea de sátrapas o de demagogos, es hablarle en griego!

[Mártir de la honradez]

Hemos asegurado que Nicaragua se ha salvado del mal terrible, y sin embargo, el presidente [Adán] Cárdenas, durante el período de su mando, ha sido un mártir de la honradez. Es decir, dejó un camino y siguió otro: sufrió. Mas una vez, mientras llevaba a la práctica proyectos que engrandecían y adelantaban el país, se alzó sorda y descaradamente el grito revolucionario; la mano del botín. En algunas otras repúblicas habrían sido traspasadas a balazos los pechos de los revolucionarios por los rifleros de sus excelencias.

En Nicaragua no sucedió así, porque el presidente Cárdenas prefería al derramamiento de sangre la quietud de los ciudadanos. Por eso, en vez de promover alarmas y choques desastrosos, extendió ferrocarriles, fundó escuelas e institutos docentes, aumentó bibliotecas y ensanchó de modos diversos el adelantamiento nacional. Procuró ahincadamente difundir la luz en los centros de aquel pueblo bravío, que tanto de ella necesita. Ni se dejó llevar de sus entusiasmos y audacias de hombre moderno que, siendo partidario decidido de la reforma, se encontró en la senda de sus propósitos con el inmenso valladar de un exagerado sentimiento religioso, de antiguo bien arraigado en el pueblo que le tocara dirigir; y he ahí cómo, en medio de las agitaciones y temores de los hazañeros que creían ver en él un formidable innovador a sangre y fuego, oportunista y no doctrinario, tuvo el tacto poco común de hacer una racional propaganda sin herir susceptibilidades de ningún género.

A él debe Nicaragua muchos progresos, y no podrá echar en olvido el nombre del ciudadano que ha cubierto el territorio de líneas férreas que junto con la navegación de los lagos forman una verdadera comunicación interoceánica; que ha protegido

la industria; que ha dado desarrollo a la instrucción llevándola hasta el humilde villorrio, y dando alas al cultivo intelectual con el aliento al libro y al periódico; que ha sido un jefe de bien en todo caso, y que ha sufrido, en medio de sus esfuerzos y de sus luchas, desengaños amargos, muchas penas e injustísimos ataques.

[El canal y la raza de hierro]

Cárdenas desciende del poder con una gloria envidiable. El Canal de Nicaragua ha sido uno de sus más grandes sueños de patriota y gobernante. Para la realización de esta idea, sus esperanzas se fundaron en esa gran nación, fuerte y emprendedora, raza de hierro, la norteamérica, de grandes vuelos como el águila libre, tenaz como el bisonte y laboriosa como la hormiga. El Ministro [Joaquín] Zavala firmó con el Ministro Frelinghuyen en Washington un tratado sobre el canal. El Almirante [Daniel] Ammen ¡bravo señor!, golpeaba en el yunque de la voluntad americana con su tenacidad de raza y de carácter, nérvea y anglosajona.

El Senado tenía barbas blancas muy tercas, y no aprobó el tratado Zavala- Frelinghuysen. Mas, al bajar del poder el presidente Cárdenas, ha querido la Providencia mostrársele propicia; y como coronamiento de la obra de sus fatigas, ha circulado por el mundo, cinco días antes de subir el nuevo jefe de la nación nicaragüense, el siguiente cablegrama: “Washington, febrero 23. El Senado Americano acaba de autorizar la compañía del canal interoceánico de Nicaragua”. Se llevará, pues, a efecto, antes que el de Panamá, la obra por Centroamérica tan deseada.

Aquella con que pensaron los primeros conquistadores, de la que habla [fray Juan de] Torquemada en su *Monarquía Indiana* y el viejo padre fray Toribio [de Benavente Motolinía]. Aquella que en el siglo de Pedro de Alvarado, “un cosmógrafo vecino de México, varón de deseos, estuvo determinado de ir a ver y a pesar el altor de una mar y de la otra, y esto reserváronselo diciéndole: que tal obra sólo al Rey pertenecía porque sólo el Rey tiene posibilidad”; la que preocupó a Squier y a Baymond;

la que hizo escribir un opúsculo al emperador prisionero de Ham [Napoleón III] y un libro al sabio [Michael] Chevalier; la que será el cauce del comercio del mundo, la puerta de los mares, la senda del progreso, en aquella tierra fecunda y bella, reina de las olas con corona de volcanes. Y cuando todo esté hecho, el nombre del presidente Cárdenas será de aquellos que permanecen para siempre en el alma de la patria. ¡Llor a una administración tal como la que concluye en Nicaragua!

[La Oligarquía]

Por las vías de su antecesor caminará, es indudable, el nuevo jefe. El triunfo de la candidatura Carazo ha sido la caída del antiguo Partido Conservador, representado en aquel país por lo que se dio en llamar *La Oligarquía*.

Ésta era una agrupación de personajes llenos de influencia, hábiles en sus propósitos, y desde hace largo tiempo dueños de los asuntos públicos. A ellos se designaba con tal epíteto, allá donde son casi convencionales los hombres de los partidos, pues hay liberales sedicentes que son ultramontanos a todas veras, y tales que se apellidan conservadores y forman en las filas de sus grupos aun ostentando las ideas de un reformista y las utopías de un falansteriano. Es lo cierto que en el Partido Conservador, mientras tuvo influencias directas en el gabinete de Managua, logró merecer el dictado de amigo del progreso, como también mantener la paz con los Estados vecinos por mucho tiempo, a pesar de los mil inconvenientes que trae “la pequeña política de los países pequeños”.

[Carazo: hombre de bien seso]

Debe, pues, el nuevo Presidente seguir siempre adelante. Y ello se realizará porque él es hombre honrado y de bien seso. Será Carazo uno de esos gobernantes probos, firme en sus intenciones, anchos como el bien, de principios moderados, y cuyas cabezas rectas y levantadas no padecen el marco del incienso, ni el ofuscamiento producido por la música adulona

de la turba cortesana. Será de los que ven la Hacienda de la República como cosa sagrada; de los que no descuidan las armas para el sostenimiento del orden; de los que protegen al pueblo y alientan y agrandan el trabajo y la industria, pues ven en ellos prosperidad y vida. Sus ideas de ciudadano las mantendrá las mismas, sin duda alguna, hoy que lleva el manejo de la cosa pública.

Hombre que aprecia la obra del agricultor, no podrá sino ayudar al soldado de paz que da para el consumo de la comunidad la cosecha de todos los años. Viajero de la Gran República, ha visto de cerca el vigoroso y experimentado labriego californiano, formar con sus yunques y sus segadoras, con sus viñedos y sus molinos, uno de los vastos lechos por donde corre el gran río de vida que alimenta y fecunda la gran tierra norteamericana [...]

Carazo es persona sencilla, no altanera, que no será, mientras gobierne, hombre ciego que se hincha, ni de aquellos que se hacen un círculo de maniqués, manejan los hilos de sus *marionettes*, se erigen monumentos y estatuas y se declaran grandes, ilustres y beneméritos [...] Y así será dueño del porvenir de su patria, cuya grandeza futura será un hecho si de su campo fértil se siega la cizaña, para dar cabida al grano de oro de la abundancia, que tan solamente brota al calor de una paz no interrumpida.

[*La Unión*, Valparaíso, 2 de marzo, 1887, cols. 2-4]